

Según lo describe el Génesis (11:5), cuando Dios advirtió que los hombres edificaban la Torre de Babel (del hebreo *Bābhél*, el Pórtico de Dios, y *balal*, confundir), decidió hacer añicos la única lengua en que entonces comerciaban los hombres:

He aquí el pueblo es uno, y todos tienen un solo lenguaje; y han comenzado la obra, y nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer. Ahora, pues, descendamos, y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero.

Desde el punto de vista de la pragmática —perspectiva lingüística que vincula texto, actos de habla y contexto—, lo que sucedió en el mito de Babel fue el colapso de una serie de macroacciones que poseían un fin global, de magnitud desmesurada, que pronto vio pulverizada la macroestructura que lo articulaba. Con una idea profunda de los mecanismos lingüísticos, el Dios del Antiguo Testamento se burló de la arrogancia de los hombres y los llevó al borde de la locura, pues aunque todos perseguían el mismo fin —alzar la torre por encima de las nubes—, el cometido era imposible dado que ya nadie pudo entenderse y los hombres se dispersaron en el caos dictado por la multitud de lenguas.

Ahora, si se sigue la lógica del mito, puede observarse que el hecho de que todos los hombres compartieran la misma lengua constituía una culminación del desarrollo humano; se trataba, en cierta manera, de una grandiosa torre del lenguaje. Pero,

¿cómo había llegado el ser humano a esa cúspide de la cultura? Según Jacques Monod, autor de *Le hasard et la nécessité: essai sur la philosophie naturelle de la biologie moderne* (1970),

Resulta imposible no suponer que entre la evolución privilegiada del sistema nervioso central del ser humano y las cualidades únicas que lo caracterizan, no haya habido una vinculación tan estrecha que habría hecho del lenguaje no sólo el producto, sino una de las condiciones iniciales de esta evolución.

Esta aseveración parece corroborarse en cierta medida con la postura de Noam Chomsky, quien apuntó en *Aspects of the Theory of Syntax* (1957) que en la adquisición del lenguaje los niños no reciben por "enseñanza" su propia lengua, sino que ya están biológicamente programados para adquirir el lenguaje y que lo desarrollan aun con una mínima exposición al lenguaje de los adultos. Se sabe, por ejemplo, que desde las primeras semanas de vida la mayoría de los niños puede articular prácticamente todas las vocales durante el llanto; este fenómeno se acentúa de manera notable cuando desde esas etapas iniciales los padres brindan su afecto por medio de la palabra. El poeta, ensayista y traductor Tomás Segovia sostiene que el impulso vital de un bebé no se da en términos freudianos, sino como un impulso desesperado por alcanzar el lenguaje.

McCabe, en su libro *Language Games to Play with Children*, sub-

raya incluso que el desarrollo afectivo, y por lo tanto del lenguaje, se da en el niño a través de los actos de comunicación con los adultos: el niño y el adulto intercambian miradas, sonrisas y sonidos que forman un vínculo ajeno por completo a los nexos genéticos. Canciones mexicanas como *Este niño lindo*, que dice:

Este niño lindo  
se quiere dormir,  
tiéndanle su cama  
en el toronjil.  
Toronjil de plata,  
torre de marfil,  
este niño lindo  
ya se va a dormir.  
Duérmete, niñoito,  
que voy a lavar  
pañales de lino  
con agua de azahar...

concebida para niños que tienen unos cuantos meses de nacidos, no sólo son capaces de llamar su atención; también los familiarizan con varios sonidos vocálicos que ya pueden articular y así los vincula tanto al mundo material como al de los afectos. De aquí al intercambio de balbuceos entre los padres y el bebé no restan sino unas cuantas semanas: otra vez, se repite el milagro del lenguaje.

#### *Una sola lengua en el principio*

Para un genio del lenguaje como Hans Eberstark (profesor de la Escuela de Traducción e Interpretación de la Universidad de Ginebra, y diestro hablante de alemán, inglés, francés, holandés, italiano, portugués, catalán, surimanés, créole haitiano, hebreo, tagalo, griego, ruso, yiddish, chino, japonés, húngaro, finlandés, swahili,

indonesio, hindi y de otros muchos idiomas) no hay duda de que todas las lenguas evolucionaron de lo que él llama un protolenguaje. Y así parecen demostrarlo las correspondencias que ha encontrado entre familias de lenguas tan dispares como la finougria (finlandés, estoniano, lapón y samoyedo), las indoeuropeas (del sánscrito al latín, el griego y la mayoría de las europeas), las semíticas (hebreo, árabe, siríaco, arameo, caldeo, asirio) y las altaicas (mongol y japonés). Uno de sus ejemplos favoritos es el número *uno*, que práctica e inexplicablemente tiene la misma raíz en todas las lenguas, pese a mínimas divergencias.

Eberstark explica su teoría a lo largo de las conversaciones que durante varios días sostuvo con Jeremy Bernstein, y que fueron publicadas en su oportunidad en las páginas de *The Atlantic Monthly*; allí condena a los académicos que por sistema se han opuesto al principio, para él perfectamente diáfano, de que todas las lenguas hunden sus raíces en un mismo origen.

Por su parte, Peter Newmark, uno de los teóricos británicos más eminentes de la traducción, llama la atención sobre la intensidad del intercambio lingüístico que acarrea la globalización de la economía y de las comunicaciones, lo cual incrementa cada vez más la necesidad de los traductores. El intercambio entre las lenguas se impone como ritmo ineludible en la marcha del desarrollo. Incluso se llega a considerar que el número de traducciones que se hacen en un país puede devenir en una variable más para ubicarlo en la escala del desarrollo: entre más traducciones se hacen en un país, más cerca se está

del futuro. Los países donde más traducciones se realizan son Alemania y Japón; donde menos, en los países de mayor atraso económico. Tan sólo en ciencias químicas se calcula que cada mes se registran cien nuevos términos; en electrónica, varios miles cada año. Una buena parte de estos nuevos términos se transmiten a través de calcos al resto de las lenguas, con lo que se mina la identidad lingüística de gran número de personas.

A esto se aúna, desde luego, el proceso de "normalización" impuesto tanto por grandes empresas transnacionales como por el sistema de Naciones Unidas, la Unión Europea, el sistema interamericano, las agrupaciones regionales de Asia y África, así como las diversas asociaciones de comercio internacional. Y de igual o mayor influencia en este intercambio de las lenguas se encuentra la informática, que posibilita la comunicación entre lenguas distintas a niveles ni siquiera pensados hace diez años: los traductores automáticos, los faxes multilingües, los programas de resúmenes de textos, los correctores de estilo avanzan —por desgracia— hacia una lengua neutra, gris, convencional según las necesidades comerciales, que poco a poco se impone en unidades económicas tan importantes como la Unión Europea.

A tal punto se ha llegado en este esfuerzo, que los programas de inteligencia artificial para trabajos con el lenguaje han conducido a una nueva Torre de Babel de datos sin límite: en la medida que crecen las necesidades de contar con todas las alternativas, las computadoras son alimentadas con enciclopedias, con bibliotecas, con sistemas de autoco-

rrección, con listas una y otra vez renovadas de sinónimos. Un esfuerzo colosal que se desvanece, como las astillas de Babel, cuando intenta aplicarse a la traducción de un soneto de Petrarca.

### *Los balbuceos de la neolengua*

Si la tecnología de los hombres de la antigüedad los arrastró a un proyecto desmedido que terminó con la fragmentación de su lengua en miles de variantes, la tecnología de fines del siglo XX parece imponer, según los intereses de las economías en expansión, una sola lengua que vincula irremediabilmente a los hombres y a las máquinas. Se trata de una lengua que se pronuncia casi igual al inglés, en francés, en ruso o en japonés, aunque se escriba con el alfabeto latino, el cirílico o los caracteres japoneses o chinos.

Algunas imágenes ya nos han acercado a esa neolengua que mezcla sus orígenes dispares; puede advertírsela en el argot que se habla en la novela *A Clockwork Orange*, de Anthony Burgess, escrita en momentos de la Guerra Fría cuando se temía el triunfo final de la Unión Soviética; queda patente en *Blade Runner*, la cinta de Scott Ridley, en la cual se vislumbra la aparición de un galimatías que mezcla vocabulario y estructuras del inglés, el japonés, el español y otros muchos idiomas. La propuesta de *Blade Runner* resulta doblemente interesante porque esta neolengua se convierte en el medio vehicular para que se comuniquen los hablantes de procedencias por completo dispares, una especie de latín aunque ya no establecido por Virgilio, sino por la

voracidad de los intereses, bastante mal disimulados, que se hallan detrás de la comercialización de la tecnología.

Se trata de una neolengua que se abre paso con patentes insensibles, aculturización, dependencia tecnológica, y que descabeza sin piedad las lenguas y las culturas que tienen la desgracia de florecer lejos de los centros dominantes; una lengua que alza su arquitectura desmesurada, no hacia el cielo como la Torre de Babel o

las agujas de las catedrales góticas, sino en dirección de los intereses que permean la mercadotecnia del desarrollo científico y tecnológico.

Quizá la última condena para los constructores de Babel sea reencontrar finalmente esa lengua original, pero ya no es su estado primigenio, sino como un osario contaminado por la ambición de los hombres.

A. P.

